

Escribir un libro... algunas reflexiones estivales (primera parte)

¿Por qué escribir un libro? ¿Para qué escribir un libro? Dos interrogantes que no dejan de transmitir cierta inquietud derivada de las preposiciones que amalgaman los valores ocultos y confusos de por y para, la lección tan temida ¿por? ¿para? nuestros estudiantes extranjeros: finalidad, causa, elección, utilidad, opinión, dirección y destino, intercambio, ubicación... una amplia y variedad polisemia de la que hoy nos ocupa tan solo la razón de la escritura y su fin. Por qué esa necesidad de escribir, para qué hacerlo nos podemos preguntar en espera de la canícula, si no la estamos padeciendo ya: almanaque manda.

Encerrados y a escribir...

Somos conscientes de que la pandemia algo contribuyó al brote instantáneo, como si de un sarpullido se tratara, de escribir libros: de ensayo, de autoayuda, de duelo y placer, historias personales y fantasías deseadas, cuentos y fábulas, monografías y biografías, poemas y dramas... toda una poliantea creciendo como un magma en unos momentos de incertidumbre con la intención de que explotara por los cuatro costados para compartir de alguna manera durante el confinamiento ansias y desvelos, miedos y esperanza.

Ahora, son otros tiempos, herederos de aquellos meses, y nos vemos sepultados en una marabunta de títulos y más títulos de una nómina de personas que escriben y publican (no es objetivo ahora el tratar de si autoeditado o no) sin saber de ellos casi nada; autores que han brotado por generación espontánea, flor de otoño dirán algunos... ahora bien, no me gustaría que se pueda inferir de lo afirmado que tan solo la escritura es propia de quien tiene el oficio de escribir, el grupo de afamados escritores, lo que se viene denominando: los de siempre; me consta que muchos de ellos acusan a los nuevos de intrusos, de meterse donde no les llaman y de preferir que el zapatero a sus zapatos.

Yo defiando la escritura, de todo tipo de contenido y género, de todo pelo y pelaje y me gustan los consagrados y los que pelean por rozar el pedestal de los laureados, los que escriben con sueños de alcanzar cierta notoriedad y aquellos que solo aspiran a ver impreso su libro, a tocarlo y a regalarlo a sus allegados.

Sí, hay que escribir. Famosa es la frase atribuida al poeta cubano José Martí: “en la vida hay que hacer tres cosas: tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro”. En cuanto la escuchamos, como si fuera un resorte, repasamos nuestra vida a ver si hemos cumplido con esos tres requisitos que nos vienen allende los mares, pero no seré yo quien jerarquice

estas tres acciones ni repase el cumplimiento o no de alguna de ellas en quien se acerque a leer estas páginas; de cualquier manera, resulta obvio lo que las estadísticas gritan: cientos de libros se publican al año en nuestro país...y de todos ellos, ¿cuántos llegan a leerse?

Entonces... ¿por qué escribir un libro?

Alguna reflexión al respecto convendría: escribir un libro, no convierte a su autor en escritor. Hace tiempo escuché a un colega decir ante la ingente cantidad de títulos nuevos en el mercado que ojalá se leyera más; porque escribir no es garantía de que nos vayan a leer; como si leer y escribir fueran dos vías paralelas que se cruzan con dificultad y que siguen un ritmo “asincopado”, incluso asíncrono, ahora que se lleva tanto esta modalidad.

Lo que sí parece cierto es la atracción y el deseo por escribir; algunos lo atisban como un acto sublime, casi místico que encumbra a quien lo realiza; en ciertas religiones aseguran que, para no morir, escribir: páginas y páginas de redacción con el fin de perpetuar(se) en la memoria colectiva o individual. Traspasar el umbral de la muerte con la impronta en la vida (de los otros, está claro) la huella personal para la posteridad: *verba volant, scripta manent*. Mucho de histrionismo y no poco del *narciso* ahogado en su propia imagen.

Hay mucho de ritual en la escritura de un libro: tener la idea en la cabeza y plasmarla a golpe de soniquete en el teclado (dudo que hoy se practique la función del amanuense) en páginas materiales que huelen al manosearlas; leer la sinopsis de la portada, complacerse con la cubierta y repasar las solapas: un libro bien hecho, para ser exhibido, por supuesto, para lucimiento propio y ajeno. Escribir un libro es engendrar una criatura, cuidarla y educarla, o sea, promocionarla y venderla.

No me convencen quienes se jactan delante de un público, ávido de conocer de cerca a los creadores, cuando aluden a la idea, impostada, de que ellos no escriben para otros, sino para ellos mismos...ahí tenemos la preposición *para*, que juega malas pasadas en esta afirmación tan tajante como presuntuosa. Quizá sean de los que prefieren solapar su imaginación y guardar bajo siete llaves el valor de un libro, ante los riesgos de una crítica o de una opinión. Para escribir un libro, hay que pertrecharse de valor y entusiasmo, de humildad y generosidad. Y los demás...que digan: será que algo han leído.

¿Para qué escribir un libro...?

Al hilo de lo que llevamos expresando, podemos observar que se confunden por y para, configuran un binomio de lindes difíciles; escribimos para llorar, y así mostrar nuestras grietas, para sanar de un “enrocamiento” que nos socava las entrañas, para ocupar el tiempo, para no pensar y para pensar con claridad. Para mí y para ti, para los demás, sin tapujos o con escafandra, para escondernos y disimular o para gritar a los cuatro vientos que estamos hartos o que, por fin, me he curado. Y todo eso es la chicha del libro, de un libro que nos va a permitir vivir en vida, en el más allá...veremos. Los libros son costurones del alma y tijeretazos vitales, coreografía coyuntural y tropezones emocionales, errores callados y confesiones a voz herida.

En alguna ocasión me ha dado por pensar por qué François Villon se animó a escribir poemas que tantos sinsabores le ocasionaron y que le han hecho famoso con el tiempo y temido en su época, o por qué Descartes nos discursó metódicamente y luego Flaubert contó los chismes de su Emma vilipendiada por una sociedad decimonónica atribulada y falsaria y Philippe Claudel tan sorprendente y tan *Goncourt*...todos ellos franceses, tan franceses.

Los he elegido por todos ellos más allá de no conocerse compartían algo que les definía esencialmente y lo traían de serie: *docere et monere*. Francia no suele dar puntada sin hilo en los que a literatura se refiere: sus novelas gráficas, por ejemplo, son de las mejores, sus historietas periodísticas rezuman un humor especial et *très singulier*, sus representantes literarios, no dan puntada sin hilo y en muchas ocasiones y épocas de la historia de la literatura han servido de modelo a otros escritores posteriores: siempre (casi) escriben teniendo dos coordenadas muy presentes: la de divertir y enseñar o enseñar y divertir que *tanto monta*; no va con ellos la pérdida de tiempo, ni tinta: mejor, dos por uno.

Aprendemos desde los niveles educativos más incipientes que el acto comunicativo se basa en la existencia de un emisor y un receptor: el escritor con su libro se dirige a un lector, presente o no. Si no existen esos ojos atrapados en la lectura como en *la trampa de Ariadna*, la comunicación, base de las relaciones interpersonales, desaparece, se esfuma, y el libro, la obra que pretende ser perpetua, duerme el sueño ¿por? ¿para? el que se creó, espera a alguien que lo despierte para su eternidad.

Escribir, siempre...escribir. Y leer (continuará)